

# Un problema que exige solución

por Angel María Torrecilla Arruebarrena

Ignoro si todos los que se ponen a escribir un artículo, sea cual fuere este, se encuentran con las mismas dificultades que yo. Pero la verdad es que a mí —y no me importa confesarlo, aunque así no les ocurra— me cuesta bastante encarrilarlo. No sé cómo romper con él. De qué forma empezarlo. Y a veces me torturo el magín pensándolo. Es que depende, en gran parte, del giro inicial que se le dé al mismo para que así quede acabado. Se habrán dicho, tal vez, las mismas cosas, pero de distinta forma. Y la diferencia es grande.

Cuando me propuse abordar el tema que tenía pensado, puse gran interés en estudiar detenidamente su comienzo. Lo demás iría brotando a medida que la pluma pisara el pequeño surco de papel donde cada palabra se hallase oculta. Pero lo cierto es que no sabía de qué modo dar principio al mismo. Y como no contaba con tiempo tan holgado como para derrocharlo, al final tuve que emprenderlo así, confesando mi torpeza literaria.

De esta forma, encomendando mi pluma a las musas, me he aventurado a garabatear sobre la cuartilla blanca, confiado de que mi artículo, al final de la misma, habría ya dicho lo que ahora tan solo yo, confusamente, guardaba en mi subconsciente, con deseos de aclararlo a los demás. A todos. Chicos, jóvenes. Y también a personas mayores. Y no quisiera que estas me creyesen con la leche aún en los labios y sin conocimientos suficientes, por lo tanto, para poder escribir con el debido fundamento del asunto que voy a tratar. Pues si bien por su larga experiencia son ellos los que más sobradamente conocen estos casos, los jóvenes, por haber acabado de vivirlos, los sienten todavía con proximidad reciente. Y saben —claro que saben— en qué estriban estos problemas. Y conocen sus soluciones.

Este, al que nosotros nos referimos, actualmente existente en nuestro pueblo y que atañe directamente a los chicos jóvenes comprendidos entre los 15 y 18 años aproximadamente, es —concretémos— el de las diversiones. A la manera de pasar el rato, sobre todo, de la tarde de los domingos. Es que en nuestra Villa no hay lugares para «matar» ese espacio de tiempo para nadie. Y menos para los chicos de la edad que antes aludimos, como no sea el cine, el bar o el baile. Bueno, el cine lo descartamos, sencillamente, porque no se puede «enclaustrar» a una juventud inquieta un domingo y otro, todos, durante dos

horas seguidas, precisamente las mejores y más divertidas, ya que —lo comprendemos todos— necesitan expansionarse, charlar, moverse, jugar, en fin, hacer todo cuanto les permita, dentro de la buena ley, su alocada vitalidad. Y claro, han de echar mano entonces de lo que les queda: del bar y del baile.

Así ocurre que, chicos que en su vida han probado apenas un sorbo de vino, comienzan a entrar, primero con timidez esquiva, a los bares. Y terminan, los unos por habituarse a dichas libaciones, de continuo y como norma. Y los otros, a ser presa, en más de una ocasión, de sus efectos.

Triste es verdaderamente el que una per-



sona mayor se embriague, pero —a mi parecer—, si analizamos la cuestión friamente, huyendo de sentimentalismos que a nosotros tampoco nos son ajenos, pero que no hacen al caso, lo es más el que un adolescente llegue a empantarse en este vicio, sin culpa alguna, sólo porque le empujan por detrás. Aquéllos, aparte de otras razones de índole particular, si es que llegan a este penoso extremo, lo harán por su culpa, ya que, además de la suficiente experiencia que los años les proporcionan, deben tener la necesaria dignidad, hombría y personalidad para poder cortar, llegado el momento, el posible e inmi-

nente abuso alcohólico que, a todas luces, salvo casos de excepción —estos, claro está, quedan descartados, por supuesto, en todo nuestro presente artículo— presienten que se acerca. Mientras que un chico de esta edad, debido, por un lado, a su insuficiente capacidad bebedora, bien sea por su todavía inacabado desarrollo orgánico, o bien por simple y natural invalidez; y debido también, por otro lado, a su falta total de personalidad o carácter y a su gran complejo de chaval de escuela anidado dentro de sí, que le obliga a «descasillarse» termina más de una noche del domingo, unas veces sin pretenderlo, traicionado por él mismo, y otras, vendido por su escasa voluntad, absorbido por el vino. Por lo tanto, la culpabilidad, sobre todo en muchos de ellos, es —creemos— muy atenuante. Son víctimas de su propio «yo», al que no se atreven a pisotearlo un poco cuando comprenden que no son tan mayores como pretendían, ni poseen la resistencia de otros compañeros que ellos intentan emular, temiendo, tal vez, su burla o el menosprecio de su ingenuo y equivocado orgullo.

Y así sucede que, huyendo de la trampa que les pueda tender el baile, caen presos precisamente en otra no mejor. Pues muchos son los que pensando seria y rectamente temen adentrarse en él, porque saben que si lo hacen formalmente, acabarán a los pocos días por encariñarse con alguna chica más graciosa que las demás y, sin apenas darse cuenta, aún imberbes, empezarán a salir con ella; o por el contrario, tampoco ignoran, si de bien se precian, que si frecuentan el baile con intenciones no santas terminarán por caer una y otra vez, hasta llegar a enviciarse.

Nadie, pues, puede acusar a estos jóvenes, hallándose como se hallan acorralados en su fatal huida. Nuestro pueblo es para ellos un callejón sin salida. Y necesitan escapar de él.

Tal vez ahora se me espete objetándoseme de que es más fácil plantear problemas que buscar soluciones y, sobre todo, resolverlos felizmente. Cierto. Pero es que a veces hay que despertarlos, porque están dormidos. Aunque sea en sueños. Las cosas también se ven en ellos, aunque —repito— en sueños queden.

Y siguiendo en nuestro sonambulismo, ¡qué bien estaría en el pueblo un hermoso local de recreo donde los chicos, estos chicos adolescentes, pudieran distraerse con sus juegos y alternar la tarde callejera del domingo en su seguro y acogedor recinto!

## Continuación de «Entrevista a una mujer renteriana».

¡Cuántas cosas y qué delicadamente bonitas sabe esta mujer! Ella me las cuenta despacio, con su conversación cariñosa y amiga. Yo, por temor a dejarme en el tintero las más importantes, me veo obligada a resumir... y lo siento.

—Conviene conversar con ellos —continúa— contándoles cuentos y anécdotas que raramente olvidan de mayores. Hace bien poco —recuerda— se refería mi hija mayor en una carta, al cuento del titiritero, que de pequeños les solía contar.

—Además de estas atenciones generales —prosigue— debemos estudiar A CADA NIÑO EN PARTICULAR. Fijarse en cómo son. Ver sus defectos y sus cualidades, observar su manera de ser y de reaccionar. Y tratarlos particularmente. Lo que con uno te da resultado, con otro puede ser contraproducente.

Agradecida por sus interesantes observaciones, le pregunto si cuesta mucho educar así a los niños; y reconoce que hay momentos difíciles de duda y de vacilación. Y que tam-

bién enseñándoles con buena voluntad, a veces los hijos se tuercen...

—Pero... ¡DIOS SIEMPRE AYUDA! —afirma plenamente convencida. —Y da mucha alegría haber hecho su voluntad.

Solo por esta última afirmación, dicha con tanta sinceridad y entusiasmo (en estos momentos en que el materialismo parece querer invadirnos de superficialidad) valía la pena de entrevistar a esta sencilla e importante mujer. Por mi parte me he despedido de ella más satisfecha que si hubiese estado charlando con la más famosa mujer del mundo.